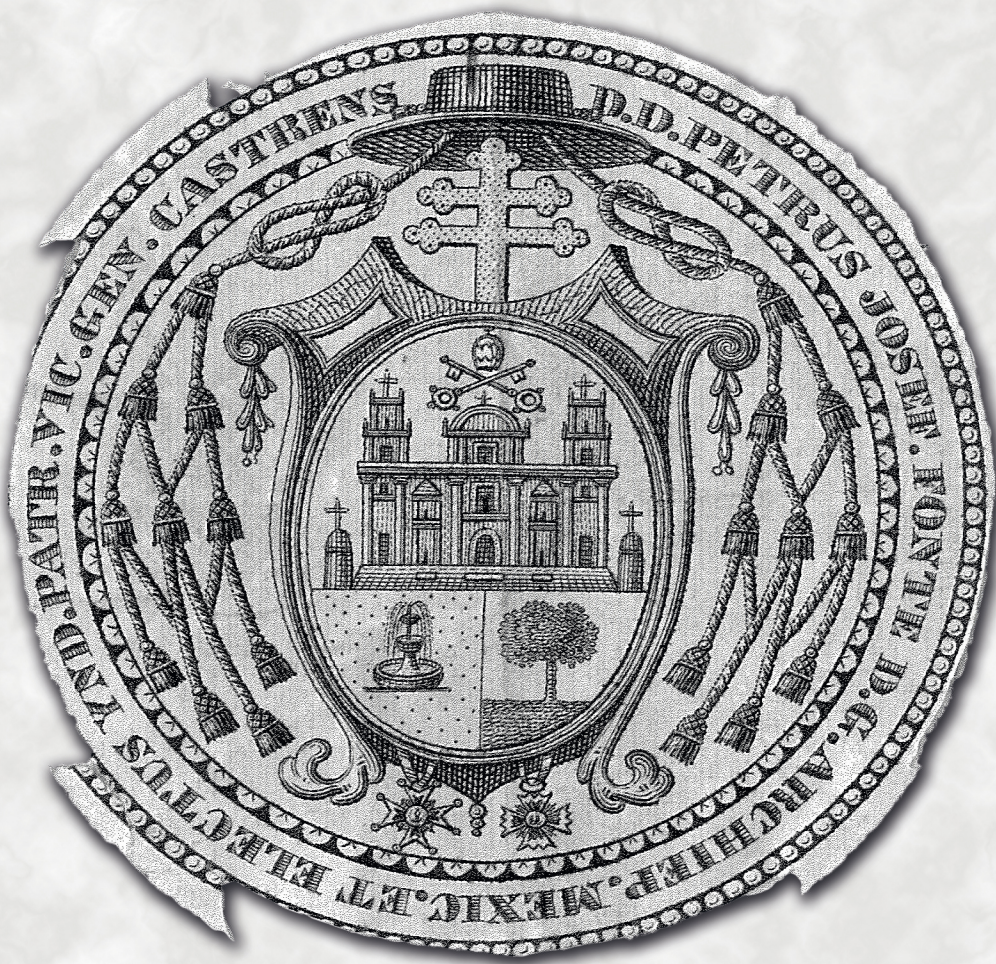


Luis Navarro García

El arzobispo Fonte y la independencia de México



UNIVERSIDAD DE SEVILLA

El arzobispo Fonte y
la independencia de
México

Luis Navarro García

El arzobispo Fonte y la independencia de México

Prólogo del Dr. Alberto de la Hera



Sevilla 2014

Serie: Historia y Geografía
Núm.: 269

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director del Secretariado de Publicaciones)
Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)

Manuel Espejo y Lerdo de Tejada
Juan José Iglesias Rodríguez
Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros
Isabel López Calderón
Juan Montero Delgado
Lourdes Munduate Jaca
Jaime Navarro Casas
M^a del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Adoración Rueda Rueda
Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: Sello de Pedro José Fonte como arzobispo de México, electo Patriarca de las Indias y vicario General Castrense.

© SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2014
C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: secpub4@us.es
Web: <<http://www.publius.us.es>>

© LUIS NAVARRO GARCÍA 2014

Impreso en papel ecológico
Impreso en España-Printed in Spain

ISBN: 978-84-472-1538-6
Depósito Legal: SE 1985-2014

Maquetación e impresión: Imprenta Comercial
Diseño de cubierta: AMPARO SABORIDO AHUMADA
azuca-16@msn.com

*Para María del Pópulo,
de nuevo y siempre*

ÍNDICE

PRÓLOGO DEL DR. ALBERTO DE LA HERA	11
INTRODUCCIÓN	21
I	
DE ESPAÑA A MÉXICO.....	25
Un clérigo aragonés.....	25
Lizana, obispo de Teruel	28
Fonte, provisor y vicario de México	31
Primeros tiempos en México	32
La magistralía del Dr. Alcalá	36
1808, año inaugural	38
Clero inquieto: Alcalá y Toraya.....	41
Fonte, de provisor a doctoral.....	44
El informe de Lizana	48
Otros apoyos a Fonte.....	49
Un semestre crítico.....	51
II	
EL DOCTORAL FONTE	53
El mariscal Garibay	53
Lizana, último arzobispo virrey	55
Los informes del doctoral Fonte	57
Relevo del arzobispo virrey	60
La audiencia gobernadora y Venegas	62
El arzobispo electo Bergosa	64
El bando contra eclesiásticos rebeldes	65
Fonte y Alcalá en el elogio de Lizana	67
Jura y rechazo de la Constitución	69
Destitución de Bergosa	70

III

EL ARZOBISPO FONTE.....	73
Fonte, arzobispo electo.....	73
Intrigas en torno a Fonte.....	76
La pastoral de 22 de junio de 1815	79
El gobierno de la diócesis	80
Proceso de Morelos y anulación del bando.....	83
Consagración del arzobispo	84
La gran pastoral de 1816.....	86
Provisión de curatos y visita de la Huasteca.....	87
Los comienzos del Trienio	89
El plan de Iguala.....	92
El dictamen de O'Donoghú.....	94
Iturbide visto por Fonte	99
La ruta de Tampico.....	100

IV

DE MÉXICO A ESPAÑA	105
Regreso a España por Francia	105
Aprobación y honores del rey	107
La aprobación desde Roma	108
Las Memorias de Fonte	111
La extraña misión de Peñíscola.....	113
Presidente del Consejo de Gobierno.....	115
En el Estamento de Próceres	116
Últimos y máximos honores	119
Muerte de D. Pedro Fonte.....	123
Una figura desconocida y discutida	125

APÉNDICE: MEMORIAS DE FONTE (1815 -1829)	131
--	-----

MEMORIAS	133
----------------	-----

ÉPOCA 1ª.....	135
---------------	-----

ÉPOCA 2ª.....	159
---------------	-----

ÉPOCA 3ª.....	201
---------------	-----

ÉPOCA 4ª.....	255
---------------	-----

ÍNDICE DE NOMBRES Y LUGARES	271
-----------------------------------	-----

ILUSTRACIONES	285
---------------------	-----

PRÓLOGO

Entre los años 1823 y 1829 residió en Valencia, retirado de la vida pública, quien fuera el último arzobispo de México antes de la independencia de aquel país, D. Pedro Fonte Hernández de Miravete. Aparte de diversas actividades relacionadas con la sociedad valenciana, que no traspasaban los límites de aquella provincia, consagró de modo particular su tiempo a la redacción de unos “Apuntes reservados y verdaderos”, que a su fallecimiento quedaron inéditos, y que así permanecieron durante un siglo y medio, hasta que en 1981 fueron publicados en la revista “Teruel” por D. José Martínez Ortiz, que incluyó además una breve biografía del personaje y un prólogo del catedrático de Historia de la Universidad de Córdoba Prof. D. José Manuel Cuenca Toribio.

Esta publicación ha carecido de la deseable difusión, quedando limitado su conocimiento a un círculo restringido de lectores de la citada revista. Razón por la cual, percatado del alto interés que aquellos “Apuntes” poseen, el Prof. D. Luis Navarro García ha acometido no solamente la tarea de llevar a cabo una nueva edición de los mismos, sino la de hacerlos preceder de un extenso y detenido estudio de su contenido, de la vida del protagonista, y de la compleja serie de acontecimientos en los que hubo de desenvolverse el arzobispo Fonte desde su llegada a México —acompañando a su mentor el arzobispo Lizana en 1803— hasta que abandona América en 1823 al negarse a aceptar el Plan de Iguala y la independencia proclamada por Agustín de Iturbide.

El nombre de “Apuntes reservados y verdaderos”, que dio el autor a lo que luego ha salido a la luz pública con el lógico y expresivo título de “Memorias”, iba en su redacción original acompañado de una breve coletilla: “Apuntes reservados y verdaderos que podrán algún día interesar la curiosidad de mi familia y de mis amigos”. Palabras sumamente significativas, que prueban que Fonte no tuvo la intención de publicar su escrito, destinado expresamente a la reserva propia de las personas para quienes escribe. Y significativas también de que el autor no tenía ni el propósito ni la necesidad de “tratar” los hechos a la medida de un destino oficial para sus Memorias. Y no hablo de falsear nada,

pero sí de la precisión de justificar lo hecho, que suele imponerse por lo común cuando los protagonistas de la historia quieren dar a conocer públicamente los motivos y el desarrollo de sus actuaciones; sí del intento de atraer la opinión favorable de los medios oficiales, y en tantos casos de abrir nuevos caminos para su propia carrera “política”. Todo ello era ajeno al arzobispo Fonte cuando llevó a cabo la redacción de sus “reservados” Apuntes.

No siendo aquel el destino de las Memorias de D. Pedro Fonte, hay base para suponer en él un afán de extrema exactitud en cuanto narra, afán que viene apoyado por la nota de privacidad, a la que se añade una categórica afirmación de veracidad: “Apuntes reservados y verdaderos”. No escribía ciertamente ni para el Rey de España, ni para la Santa Sede, ni para la opinión pública, por lo que no tenía que “endulzar” nada, y pensamos en consecuencia que puede prestarse a estas Memorias una credibilidad sumamente alta.

Sin embargo, una cosa son los hechos que narra y otra sus opiniones personales sobre los mismos, y su explicación de los motivos que inspiraron su conducta en los momentos decisivos que le tocó vivir: la independencia de México. La narración de los hechos merece fe; las opiniones y las explicaciones resultan, como es lógico, discutibles y juzgables.

Al margen del desconocimiento de estas “Memorias”, debe subrayarse que la historiografía de la independencia de México ha ignorado sistemáticamente a Fonte y, en general, su figura no ha atraído la atención de los especialistas. Las escasas referencias encontrables se refieren de modo casi exclusivo a su abandono de la diócesis y su regreso a España ante el hecho de la independencia. Y juicios serenos y razonables al respecto son muy difíciles de hallar.

Es este el panorama con el que se ha encontrado el Prof. Navarro García al plantearse la publicación de las “Memorias” de D. Pedro Fonte y, en especial, al proponerse acompañarlas de un detenido análisis tanto de cuanto se narra en las mismas, como de la personalidad y de toda la vida del autor, desde su nacimiento en Linares, Teruel, en 1777, hasta su muerte en Madrid en 1839. Una tarea que ya resultaría ingente tan solo si se abarcan los datos conocidos; pero Luis Navarro no se ha limitado a ello: ha tomado en cuenta la práctica totalidad de la bibliografía existente sobre el Arzobispo, y ha llevado a cabo una profunda investigación en los archivos españoles que pueden contener documentación sobre el mismo y sobre los acontecimientos en los que hubo de desenvolverse. Navarro indica también que no ha entrado en cambio en los archivos mexicanos; estamos, pues, ante un campo abierto aún a la investigación, y el autor de este estudio, al manifestar la evidente posibilidad de que los archivos de México puedan ofrecer nuevas luces sobre su personaje, está ofreciendo a los especialistas un campo para el estudio notablemente atractivo; campo que, desde luego, deberá partir del sólido avance que este libro supone en el conocimiento de la personalidad del Arzobispo Fonte, así como de

su interesante y discutible actuación en los temas tan capitales de la historia de España y América con los que hubo de enfrentarse.

No es función de este prólogo ofrecer mayor información de la vida de D. Pedro Fonte, que se encuentra muy detallada en las páginas del presente volumen. Baste señalar —a los solos efectos de que el lector entre en el libro con un mínimo conocimiento de su protagonista— que la primera etapa de su vida se desarrolló entre Zaragoza y Teruel; que realizó estudios jurídicos hasta obtener los grados académicos en ambos Derechos; que optó a diversos puestos eclesiásticos hasta alcanzar uno en Teruel, donde llegó a ser un muy cercano colaborador del obispo de esa diócesis D. Francisco Javier de Lizana; que este, designado en 1802 arzobispo de México, le llevó allí consigo; que entre su llegada al Virreinato en 1803, y 1814, ocupó —siempre bajo la dirección de Lizana, su mentor y maestro— diversos cargos de alta responsabilidad en aquella archidiócesis; que en 1814 el rey D. Fernando VII lo eligió para suceder a Lizana en el Arzobispado; que en 1815 comenzó a regir la archidiócesis y que en 1816 llegaron las Bulas de nombramiento procedentes de la Santa Sede, lo que le permitió recibir la consagración episcopal; que en los años subsiguientes rigió su sede con enorme celo, hasta el punto de haber llegado en sus visitas pastorales hasta los lugares más remotos de la misma, más allá que ninguno de sus predecesores; que se manifestó contrario desde el primer momento a los movimientos independentistas; que, tras mantener unos interesantes contactos con Iturbide a la llegada de este a la capital del Virreinato, las relaciones entre ambos se rompen cuando Iturbide se proclama emperador y Fonte se niega a reconocerle como tal; que ante el hecho de la independencia abandonó México en 1823, para trasladarse primero a La Habana y luego a España, de donde ya nunca volvió a salir; que retuvo y utilizó por su parte durante prácticamente todo el resto de su vida el título de arzobispo de México; que se recluyó en Valencia —ciudad en la que tenía relaciones familiares al residir allí su hermano— entre 1823 y 1829 —la época de redacción de sus “Memorias”—; que le fueron concedidos diversos honores y que, en fin, a la muerte del Rey en 1833, la Reina Gobernadora le designó Presidente del Consejo de Gobierno que Fernando VII había dejado instituido en su testamento; y que a partir de ahí —instalado ya necesariamente en Madrid— se van acumulando sobre su persona los más altos cargos y distinciones: miembro del Estamento de Próceres en 1834, Presidente de la Junta Eclesiástica para la Reforma del Clero también en 1834, Senador por Castellón en 1837, Limosnero Mayor y Capellán de la Reina en 1837 y, al par, Patriarca de las Indias y Vicario General de los Ejércitos, cargos estos tres últimos que ya conservó hasta su fallecimiento.

No deja de sorprender la acumulación, en cierto modo no esperable, de tantas distinciones en la persona de quien, desde su regreso de las Indias, y durante su retiro valenciano, había pasado varios años alejado por completo de la vida pública y, muy probablemente, sin esperar ya ningún nuevo papel

protagonista en la dirección de los asuntos políticos o religiosos. Si nos preguntamos por las causas, hay que pensar, de una parte, en la amistad que le unía, desde sus años mexicanos, con diversos prohombres del reinado fernandino, y de otra, en la situación en que se encontró España a la muerte de Fernando VII: siendo menor de edad Isabel II, y con el poder en manos de su madre D.^a María Cristina, las pretensiones del Infante D. Carlos —que dieron lugar a las guerras carlistas—, las luchas intestinas entre conservadores y liberales, y la propia y consiguiente inestabilidad de la Corona, hicieron aconsejable llamar a Madrid, y a las responsabilidades del poder, a quienes ciertamente había demostrado una absoluta fidelidad al trono, tal como era el caso más que singular del arzobispo Fonte.

Es, en esta fidelidad a la Corona, en la que reside el episodio más discutible de la actuación de Fonte como Arzobispo mexicano. Y, si bien, tal cuestión la trata, analiza y somete a un prudente y sereno juicio el Prof. Navarro García en las páginas que subsiguen, voy a exponer aquí mi personal opinión al respecto. Lo hago, tal vez, en virtud de mi conocida dedicación —que ha ocupado buena parte de mi vida de investigador— al tema del regalismo. Si poseo el más mínimo título para escribir este prólogo, es porque el punto crucial de la vida de Fonte solamente puede explicarse en virtud de una consideración regalista de sus convicciones y sus lealtades. Y sobre ello voy a pronunciarme sumariamente.

La primera parte de la vida de D. Pedro Fonte posee un contenido estrictamente eclesiástico, desde sus estudios y sus primeros cometidos en la vida religiosa de su diócesis natal de Teruel, hasta el desempeño del arzobispado de la capital mexicana. Los autores que han estudiado su figura van, desde quienes le niegan toda formación y todo talento, hasta los que valoran altamente su preparación y capacidad, y con tales criterios juzgan varios de ellos, bastante a la ligera, los años de desempeño de su episcopado mexicano. El Dr. Navarro ofrece en las páginas de este volumen un amplio y sumamente interesante muestrario de todas las actitudes adoptadas al respecto por los estudiosos. Por lo que hace a las otras dos partes de su existencia —el retiro valenciano y los años de participación en la vida pública española—, durante aquel nos dejó las “Memorias”, y estos fueron sumamente breves y no marcaron mayor huella en la historia española. El punto crucial, pues, de toda su vida fue su salida de México ante el hecho independentista; el abandono de su diócesis y de sus deberes pastorales y el mantenimiento a ultranza del título de Arzobispo de aquella diócesis durante el resto de sus días. En este dato se detienen la mayor parte de quienes han analizado la vida de Fonte, hasta el punto de oscurecer todo el resto de sus actividades.

También a mí me parece que es ese el momento fundamental de su biografía. Ciertamente su actuación pastoral merece una atención detenida, que no debe quedar oscurecida por el abrupto final de la misma. Pero en esto su vida es como la de cualquiera de sus antecesores y sucesores, la de un prelado que

dirige una diócesis con mayor o menor grado de acierto. Pero Fonte se encontró ante un hecho singularísimo, la independencia mexicana, y la actitud tomada ante la misma hubo de marcar su vida, como un hecho excepcional en que solamente cabe tomar como puntos de comparación las actuaciones de sus coetáneos en el episcopado americano, sin olvidar las muy diferentes circunstancias en que cada uno de ellos hubo de afrontar el hecho independentista.

Fonte, que venía desde el primer momento manifestándose en contra de la independencia y actuando en consecuencia en diversos momentos, cuando llegó la hora clave —el Plan de Iguala, la proclamación de Iturbide— optó por negarse a reconocer al México independiente, abandonó su diócesis y, tras alguna vacilación ante la esperanza de poder regresar a la misma, volvió definitivamente a España. Lo cual constituye, en mi parecer, y dadas las razones en que Fonte apoyaba su decisión, una muestra paradigmática de lo que supuso el regalismo en la historia española.

Fue el rey Fernando VII quien eligió a Fonte para el arzobispado mexicano. La Santa Sede se limitó más tarde a confirmar la elección. Es cierto que Fonte no era arzobispo mientras no le llegase el nombramiento papal, al que hubo de esperar para recibir la correspondiente consagración sacramental; no es menos cierto que se hizo cargo del gobierno de la diócesis sin esperar a la Bula del Papa, sin otra base que la designación real. Pero esto no suponía novedad alguna: así venían proveyéndose y atendiéndose las sedes episcopales de España e Indias desde varios siglos atrás. Es lo que se denomina el *Regio Patronato*, facultad de los monarcas católicos para elegir a los prelados, de modo que la Santa Sede confirmaba, digamos que siempre, tales nombramientos. El regalismo —nacido a mediados del XVII y vigente hasta finales del XVIII en el ámbito de la monarquía española— es tan sólo una doctrina que supone simplemente la afirmación de que tal derecho —y otros varios que no es el caso mencionar ahora— correspondía a los reyes por concesión divina y no del Papado. Pero los efectos eran los mismos.

Tal sistema obligaba a los obispos de Indias a prestar un juramento de fidelidad a la Corona, y juraban fidelidad a la Santa Sede en tanto no se lesionasen con ello los derechos regios. Así lo había hecho Fonte, y éste es el dilema con el que se encontró cuando estalló el fenómeno histórico de la independencia mexicana. ¿Qué podía hacer en tales circunstancias? Se me ocurren cuatro posibilidades: a) aceptar la nueva situación política y continuar en México al frente de su diócesis; b) no reconocer la independencia pero continuar en México al frente de su diócesis; c) no reconocer la independencia y renunciar a su diócesis abandonando México; d) no reconocer la independencia abandonando México, pero sin renunciar a su diócesis.

Para quien la independencia era un hecho inaceptable, la primera vía no resultaba posible. Las dos soluciones lógicas eran la segunda y la tercera; la segunda habría podido tal vez provocar que se le persiguiera, se le impidiera

gobernar, se le expulsara, se le encarcelara —de todo lo cual está llena la historia de la Iglesia—; la tercera poseía toda la lógica a su favor: no reconocer al nuevo país y pedirle al Papa que envíe un arzobispo que no se encuentre en tal situación, y que pueda dirigir la diócesis en paz y sin problemas de conciencia.

Fonte optó por la cuarta vía. Con ojos de hoy fue una opción que no se podría aceptar. Precisamente es esto lo que le ha reprochado a Fonte una importante parte de la historiografía: salió de México y retuvo su sede, dejando de facto a la diócesis sin arzobispo durante unos quince años. ¿Se puede justificar? ¿Se puede al menos explicar?

Una de las tareas más importantes que acomete el Prof. Navarro García en su libro es precisamente la de analizar aquella decisión de su biografiado y ofrecer al lector un juicio sobre la misma. Un juicio sumamente ponderado y muy fundamentado, tomando en cuenta todos los elementos que concurrieron en la actitud de Fonte, en la de la Santa Sede, en la de la Corona, y en la de quienes, desde una visión política o religiosa o desde su condición de historiadores, han opinado al respecto. El estudio y el parecer de Luis Navarro —sobre ese momento de la vida de Fonte y en general sobre todo los datos que constituyen su biografía— es el que con mejor información y mayor imparcialidad científica se ha ofrecido hasta el presente.

Por mi parte, voy a exponer aquí muy brevemente una opinión personal. Aunque no considero acertada la decisión del arzobispo Fonte, he de aceptar que cabe responder de modo afirmativo a las dos preguntas que acabo de formular líneas atrás: lo que hizo se puede explicar y se puede justificar. Si bien es cierto que a tal efecto resulta preciso que nos situemos en la época en que los hechos sucedieron y los observemos con la mirada de entonces, lo que por otra parte es una actitud obligada y exigible a todo historiador.

La doctrina regalista atribuía un gran poder a los reyes en el terreno religioso; sustentaba una praxis común de la política religiosa de la Corona; y sus consecuencias efectivas fueron toleradas de facto por la Santa Sede, por razones que sería largo exponer aquí. Tal planteamiento doctrinal, y su consiguiente concepción de las relaciones entre las esferas civil y religiosa, va entrando en crisis a lo largo del siglo XVIII, a medida que el fenómeno de la Ilustración adquiere el protagonismo intelectual en la Europa de la época, y se comienza a desplazar al fenómeno religioso del primer plano de la vida pública, anunciándose así el futuro liberalismo tal como surgió de los principios de la Revolución francesa. Por ello conviene dirigir la atención a la clara enemiga intelectual de Fonte ante el pensamiento ilustrado. El Arzobispo juzgó —y ni fue desde luego el único, ni dejaba de tener su punto de razón— que el movimiento independentista resultaba ser un fruto de las nuevas corrientes filosóficas. Y en consecuencia, como nos recuerda el Prof. Navarro, pensaba que no se debía entrar en “las investigaciones de los filósofos”, cuyos errores contaminaban la doctrina de la obediencia al rey procedente de motivos religiosos,

pues es la Iglesia la que prescribe la obediencia a los Príncipes, mientras que la filosofía —se está refiriendo al pensamiento de la Ilustración— lleva a desobedecerles: “la doctrina de la Iglesia en este punto —escribió— ha producido la paz pública y prosperidad de las naciones así como la anarquía y ruina de ellas ha sido efecto de la citada falsa filosofía”.

Apoyado en estas y parecidas razones, podemos entender a Fonte en su enemiga contra la independencia no sólo por motivos patrióticos derivados de su “españolidad”, sino también por motivos religiosos. Su nombramiento arzobispal procedía del rey; la Santa Sede se había limitado a aprobar la decisión regia. Había jurado obediencia al rey. Como dirá Navarro García, Fonte exhortó a los párrocos a no buscar otro título que el de la religión para justificar la obediencia debida al monarca. Y así, cuando se vio en el caso de elegir entre su permanencia en su diócesis en un México independiente y su apartamiento de la misma, juzgó que permanecer suponía aceptar la independencia traicionando a la Corona. Y regresó a España.

Quedaba un segundo punto, el de renunciar o no a la diócesis. Y de nuevo consideró Fonte que renunciar, no habiendo para ello otro motivo que el de la independencia, suponía aceptar si no esta, al menos, sus consecuencias. Renunciar al arzobispado concedido por el Monarca era traicionar a éste, violar el juramento de fidelidad; y, entre permanecer atendiendo a sus diocesanos o ser fiel a la Corona, las convicciones regalistas de Fonte le condujeron a la segunda vía. Mientras conservase en su persona el arzobispado mexicano, estaría rechazando la independencia y manteniendo la fidelidad al rey que le había designado para aquel cargo.

Un único problema permanecía aún vivo: la también debida fidelidad a la Santa Sede. Y para resolverlo Fonte escribió al Papa —ya desde España— exponiendo las razones por las que consideraba un deber conservar su condición de arzobispo de México. Y para entender la actitud —digamos que de pasividad— adoptada al respecto por la Santa Sede, es necesario considerar las circunstancias del momento. Pío VII —cuyo pontificado coincidió con el auge y caída de Napoleón y la restauración del absolutismo en toda Europa— hubiese apoyado toda acción favorable a los derechos de las Coronas; en relación con América, los iniciales movimientos independentistas habían de aparecersele como una revolución hija de la francesa y rechazable de todo punto. Pero precisamente el regreso de Fonte a España coincide con el fin de este Pontífice († 20. VIII. 1823), dándose paso a sus dos inmediatos sucesores, León XII (1823-1829) y Pío VIII (1829-1830); dos Papas de escasa personalidad y mínimo relieve histórico, incapaces de hacer entonces otra cosa que tratar de sostener a las monarquías absolutas —regalistas pero firmemente católicas— amenazadas por los para ellos inaceptables movimientos liberales que comenzaban a tomar cuerpo en toda Europa. El fenómeno americano ni lo conocían ni podían entenderlo; reconocer las declaraciones de independencia nombrando

nuevos pastores sin propuesta de la Corona española suponía inclinarse por una revolución de confuso origen e imprevisible porvenir ignorando los derechos históricos de una de las principales monarquías católicas. En momentos tan críticos de la historia europea, apoyar a los americanos frente a España hubiese carecido de todo sentido. En tales condiciones, pudo Fonte conservar su cargo arzobispal sin reacción contraria de la Santa Sede.

Solamente Gregorio XVI (1831-1846) estuvo ya en situación de entender y atender a las nuevas condiciones políticas del continente americano. Antiguo Prefecto de la Congregación de Propaganda Fide, conocía bien la expansión del catolicismo en las tierras extraeuropeas; por otro lado, su pontificado coincide con una España ya en vías de asentamiento del liberalismo, un fenómeno obligado frente al carlismo posterior a la muerte de Fernando VII. Fue Gregorio XVI quien comprendió que carecía ya de sentido seguir respetando los derechos vicariales de la Corona española propios del Antiguo Régimen, y abandonar en consecuencia a las cristiandades americanas; y fue él quien tomó la necesaria decisión de nombrar nuevos obispos para las sedes vacantes de los países independizados. Solo entonces se designará por la Santa Sede —sin intervención ya de la Corona española— un nuevo arzobispo para México, lo que se hizo recién fallecido D. Pedro Fonte. Pero el nombramiento no fue consecuencia de la muerte de aquel Prelado. Ya poco antes de fallecer parece que había por fin cesado en el cargo, si bien la actitud al respecto de los organismos romanos resulta muy confusa; en la actualidad, los registros sobre diócesis y obispos que figuran en la página “Catholic Hierachy Its Bishops and Dioceses” (consultable en Internet), y en la publicación “*Hierarchia Catholica Medii et Recentioris Aevi*” (vol. T, pág. 263), señalan su cese oficial el 28 de diciembre de 1837, y el nombramiento de su sucesor —el mexicano D. Manuel Posada y Garduño— el 23 de diciembre de 1839. Ya todo ello en el marco del pontificado de Gregorio XVI. Navarro García recoge en su libro los diversos datos conocidos sobre este complejo punto de la biografía de Fonte, el cual creyó durante toda su vida que el abandonar su cargo era traicionar su juramento de fidelidad al Rey y reconocer la independencia mexicana. ¿Debió pesar más en su ánimo la idea de que dejaba abandonadas a las personas confiadas a su cuidado pastoral?

Es este un punto importante en el conjunto del estudio del Prof. Navarro. Un estudio que se lee con interés creciente, a medida que pasan sus páginas; y que conduce finalmente a la lectura de las “Memorias” del arzobispo Fonte, un documento personal, “reservado y verdadero”, que arroja una doble luz: la que ilumina y explica los acontecimientos del momento histórico de la independencia, y la que descubre las convicciones personales sobre la religión y la Corona de quien había de ocupar seguidamente, entre otros, los cargos de Vicario General de los Ejércitos y Patriarca de las Indias.

Si alguien podía publicar estas “Memorias”, y analizarlas con suficiente autoridad y competencia para hacerlo, es el Prof. Luis Navarro García. Es hoy el catedrático de Historia de América más antiguo —no el de mayor edad— de entre cuantos poseemos ese título; obtuvo la cátedra —Murcia primero, luego Sevilla para el resto de toda su vida académica— en su juventud, y ha sabido llegar a la plena madurez rodeado de un muy notable prestigio; su obra en torno a la historia de América es tan amplia como autorizada; todos hemos aprendido de él, y cuenta con el respeto y la admiración de todos sus colegas y alumnos. Si me honro con su amistad y con su confianza no es por mis méritos sino por su generosidad. Y si recomiendo la lectura de este libro es porque me constan su valía, su interés, y su utilidad para esclarecer episodios muy oscuros de la historia de la independencia mexicana. Espero y deseo que la labor investigadora del Prof. Navarro nos siga ofreciendo en adelante nuevas aportaciones que enriquezcan —como lo ha hecho hasta ahora— nuestro conocimiento de la inagotable y apasionante historia de América.

ALBERTO DE LA HERA



Pedro José Fonte, último arzobispo español de México, nombrado en 1815, había sido testigo y en parte actor de todo el proceso de emancipación del virreinato desde los primeros episodios de 1808 y vivió como prelado la fase final de tal proceso que comienza en 1820, culminando en el Tratado de Córdoba (1821). Al haberse proclamado emperador Agustín de Iturbide, Fonte regresó a España en 1823 sin renunciar a su sede, lo que se le ha criticado. Junto a la notable biografía del personaje, se incluyen aquí sus interesantes y olvidadas memorias.